

Nadie me ama

Tienes 22 años y tratas de descubrir con torpeza en qué consiste exactamente la dignidad. Me abrí un perfil en una página para ligar con otros hombres y en vez de presentarme como un pedazo de carne me presenté como un cerebro o, peor, como un corazón. No se me ocurrió otra cosa que describirme como alguien a quien le gustaba leer, pasear, escribir e ir al cine y como me daba reparo mostrar mi rostro en una fotografía, puse en su lugar un cartel en el que se leía: «No puedo poner una foto de mi cara porque soy famoso». Me escribieron unos cuantos interesados que me dejaban de hablar en cuanto les explicaba que no era famoso, solo tímido. Estaba a punto de borrar mi perfil cuando llegó el mensaje de un chico que tampoco tenía una foto. En realidad tenía una imagen, un primerísimo primer plano de su pupila, pero aquello se acercaba más a la ecografía que al retrato. Entablamos conversación. Me dijo que le había llamado la atención que en mi perfil pusiese que me gustaba escribir y añadió que él escribía teatro, que había estrenado ya un par de obras como dramaturgo y director y estaba buscando un

compañero para escribir una serie de televisión. Añadió que tenía buenos contactos para que lo leyese la gente adecuada.

Dijo, también, que era cantante.

«Mándame algo tuyo», me pidió.

Normalmente, en estas redes esa petición acaba con el intercambio de un tipo de fotos donde los calzoncillos reposan a la altura de los tobillos y solo si están muy bien hechas pueden inspirar algo que no sea lástima, pero nuestra conversación terminó con el intercambio de algunos documentos de texto. Él leyó un par de cuentos míos y le gustó especialmente uno que hablaba de tres amigas. Una se volvía negra de la noche a la mañana, otra tenía una madre que resultaba ser un dragón y le lanzaba llamaradas a la cabeza para dejarla calva cada vez que discutían y la tercera daba a luz a un bebé volador al que nunca lograban encontrar porque siempre acababa quedándose dormido en la copa de un árbol. Al chico de la web le hicieron gracia: me dijo que le gustaban mis ideas locas y mis diálogos y propuso que quedásemos para charlar.

Él se llamaba, convengamos, Waldo. Tenía un nombre artístico, sin apellido. Cuando llegué a la terraza donde nos habíamos citado creí reconocer su cara, juraría haberla visto en las tiendas de discos. No me había mentado. Era un chico muy aparente, de esos que se arreglan durante una hora para que parezca que no se han arreglado. El cabello calculadamente desastrado, la barba de tres días perfilada con rectitud. Estaba muy moreno para ser febrero. Me pregunté si sus labios, tan carnosos que parecía que pertenecían a otro rostro, habrían estado siempre

ahí. Creo que se sintió halagado cuando le dije que sabía quién era, que había visto su disco en las tiendas. Me explicó que había tenido una canción exitosa. Era verdad. Tal vez no tan verdad como él afirmaba, tal vez no había sido número uno y sonado en todas partes, pero había sido número veinte y yo la había escuchado en la televisión y en la radio. Waldo tenía apellidos cuando firmaba sus obras teatrales, pero era solo Waldo cuando cantaba. No era lo único que había hecho. Me dijo que también había sido profesor de teatro, periodista, actor, modelo y, aparte de componer sus propios temas, componía otros para cantantes que intentaban representar a España en Eurovisión. Aparte de todo esto, Waldo me dijo que tenía 27 años. Alguna vez lo pillé en un renuncio con su edad, pero en realidad eso da igual para esta historia y hasta me parece bien. Waldo amaba la ficción y era ficción en sí mismo. Pero volvamos a la serie que me propuso escribir: Waldo tenía una idea como punto de partida, tenía las ganas y tenía los contactos. ¿Qué tenía yo? Yo no tenía nada. Acababa de terminar mis estudios o lo que fuese aquello que había hecho con varios años de mi vida, guardaba unos cuentos estúpidos como el del bebé volador que por aquel entonces debería haber quemado ya y dos guiones de largometraje con mi firma, que languidecían tristes en un cajón. Uno se llamaba *Cabalgando la vaca* y era mediocre. El protagonista, un chico de campo, se enamora de un pijo de ciudad aspirante a escritor y al final, despechado por no ser correspondido, le corrige: «En tu cuento hay un personaje que cabalga una vaca. Las vacas no se pueden cabalgar. Si te sientas sobre una se quedará quieta, no llegarás a ninguna parte». Esa frase, ese final,

me gustaba, pero el resto de la historia era basura. El otro guion se llamaba *Último día de verano*. No salía ninguna vaca. Iba de dos hermanas que se enamoraban de un padre y un hijo, el padre millonario y tiránico, el hijo drogadicto y deprimido porque su madre murió ahogada en la piscina familiar. Al final no había muerto, estaba viva, la muerta no era su madre, su madre era otra, y él, al enterarse, en vez de reconciliarse con ella, la atropellaba y la mataba, a la madre y a un montón de gente más. Me encantaban los parricidios y los atropellos masivos, pero nunca tuve en consideración que esto último es muy caro de rodar. Es lo único que sabía antes de ponerme a escribir la serie con Waldo: si atropellan a alguien, le dije, que sea fuera de campo.

En fin, tenía esos dos guiones y una vida aburrida y hasta cierto punto triste, solitaria. A mis 22 años solo sabía escribir. Eso no iba a hacer de mí nadie de quien mi familia pudiese estar orgulloso. ¡Pero ser creador de una serie televisiva sí! Esa tarde, tras la cita con Waldo, busqué su nombre en Internet al volver a casa. Encontré lo siguiente:

Bajo el nombre de WALDO se esconde un artista muy completo: compositor, cantante, pianista virtuoso, actor, modelo, periodista, escritor y director de teatro.

Waldo era todo eso. ¿Qué era yo? Apenas nada, alguien que solo había querido un novio y ahora quería su propia serie, pero aún no tenía ninguna de las dos cosas. Bajo el nombre de Guillermo me escondía solo yo, alguien que jamás había tenido nada de virtuoso.

De todos modos (aunque esta no es la historia que nos ocupa) conseguí un novio muy poquito después, un tipo que se vino a vivir a mi casa al mes de conocerme y al que llamaremos, por ejemplo, Narciso. Narciso medía casi dos metros, pero tenía terror a las palomas y se refugiaba del mundo tras un flequillo gigante que le tapaba los ojos y le impedía ver mucho más allá de su propio cabello. Mientras comenzaba mi relación con Narciso también comenzó mi relación laboral con Waldo. Empezamos a vernos en un Starbucks cercano a su casa. Allí me contó de qué iba a ir nuestra serie:

—Va de tres personas que viven juntas. Una chica neurótica, un *stripper* guapísimo y un chico homosexual.

Así se establecieron nuestros roles para todos los meses en los que Waldo y yo fuimos extraños compañeros de trabajo: yo hacía preguntas y él nunca llegaba a responder del todo. La conversación siguió, aproximadamente, de la siguiente manera.

Decía yo:

—Que vivan juntos está muy bien, ¿pero qué les pasa? Algo les tendrá que pasar para que arranque la historia.

Y respondía Waldo:

—Sobre todo, la historia debe tener *alma*.

Decía yo:

—Podrían ser niños de papá. Tres personas ricas que, de repente, se ven sin un duro. Eso siempre da juego.

Y respondía Waldo:

—Y hay mucha complicidad, mucha química, como entre las protagonistas de *Sexo en Nueva York*.

Decía yo:

—Se me ocurre que podrían tener una vecina drogadicta que un día se pasa con la dosis, cae en un coma profundo y les encasqueta a su hija, a una niña de diez años.

Y respondía Waldo:

—Y esa es una niña *mágica*. Irradia *luz*.

Decía yo:

—¿Por qué no mejor superdotada? Una niña listísima, superdotada y con problemas para relacionarse con otros niños pero que hace muchas migas con estos tres adultos un poco disfuncionales. Y sería divertido si tuviera poderes telequinéticos.

Y respondía Waldo:

—Y esa niña es *la verdad*. Esa niña tiene *alma*.

La cosa quedó así: la protagonista es una neurótica que, para limpiar su conciencia de niña pija, porque sus padres son ricos, acude habitualmente a una residencia de ancianos a hacer compañía a dos viejas que son muy graciosas y unas fumetas. El *stripper*, por su parte, se acaba de quedar huérfano. La serie empezaba con la muerte de sus padres en un accidente. Waldo opinaba que era mejor que alguien los asesinase, como a los marqueses de Urquijo, para que hubiese un misterio, un *whodunnit*. Y está muy triste, claro, y a mí me pareció bien porque siempre he pensado que la gente guapa es todavía más guapa cuando está triste, con ojeras de no dormir y esas arrugas en el entrecejo que tan bien quedan a los hombres que lloran varias horas al día. El personaje homosexual es el único de los tres que lo tiene todo en la vida, un trabajo de éxito y cero problemas familiares, pero hay algo que no tiene: al *stripper*, del que está enamorado. Vamos, que ese pobre

personaje era simplemente maricón, se ve que no se nos ocurrió nada más que le pudiese suceder. Me figuro que por aquel entonces ser maricón ya nos parecía suficiente. Luego está la niña esa *mágica* y dos vecinas travestis que sugirió Waldo para que dijeran cosas divertidas y aportaran comedia y a mí me pareció bien.

Empezamos a pensar en las tramas de los episodios. Hubo una vez en que Waldo se empeñó en que un capítulo tenía que hablar del destino y me explicó lo siguiente:

—He pensado en un episodio que va a ser muy de piskas, muy de sensaciones. Por ejemplo, a Alex —así se llamaba el gay, ni siquiera se nos ocurrió un nombre digno para el pobre— le proponen irse a trabajar a Nueva York y él se pregunta: «¿Voy o no voy, voy o no voy?» Y un día por un pasillo, *zas*, se cruza a un chico *guapísimo* con una camiseta que dice *I love New York*.

—¿Y se va o no se va? —preguntaba yo.

—Son todas cositas pequeñas que voy soltando. Este capítulo, Guillermo, no lo trabajo desde los hechos, sino desde el *alma*. Tú eres mejor con los diálogos de humor y yo con los sentimientos.

Era todo el rato así, o esa era mi sensación: me hablaba en cursiva, me recordaba que había sido profesor de teatro durante diez años y yo no olvidaba que lo único que había hecho era redactar un perfil en una página de ligo-teo entre hombres, así que optaba por hacerle caso. A veces tenía que transigir con unas ideas estéticas que no me gustaban nada, como que el *stripper* siempre fuese por la casa con «una camiseta de tirantes negra y ajustada». Yo protestaba, preguntaba que a ver cuándo ha sido *sexy* eso, que en todo caso blanca, un poco Marlon Brando, pero

no negra, y él me recordaba que gracias a su carrera teatral él era mejor en lo visual y en lo del *alma* y yo era mejor con los chistes. Y añadió: «Además, tienes que dejar de pensar en lo que te parece a ti *sexy* o no». Después, ese día, me contó que la noche anterior se había acostado con un actor porno que tenía los pectorales operados.

—¿Por qué lo sabes? —pregunté

—Porque yo esas cosas las noto.

En realidad Waldo me caía bien. A medida que ha pasado el tiempo he llegado a pensar que podía tener razón en casi todo.

Yo tenía 22 años y estaba muy entusiasmado con la posibilidad de escribir mi propia serie, esa es la verdad. Cuando compartía mi entusiasmo con Narciso, de vuelta en casa, él me decía que sería mi abogado cuando todo me fuese bien, porque estudiaba cosas de propiedad intelectual. Una vez le pregunté, después de cenar un pollo asado que había cocinado yo mismo tras leerme con atención las instrucciones del horno microondas de mi casa de 35 metros cuadrados, si creía que me iría bien. Él respondió algo que hoy me resulta llamativo: no me dijo si me iría bien o no, si la serie llegaría a existir o si yo podría ser feliz escribiendo. Solo me dijo:

—En menos de un año estarás ganando seis mil euros al mes.

Creo que Narciso solo me hablaba con atención y mimo cuando me veía como su potencial primer cliente. Como el pollo le gustó, recuerdo, le hice de nuevo uno a la noche siguiente, pero no apareció hasta las tantas de la mañana ni respondió a mis llamadas de teléfono. Allí

sentado, con la mesa puesta para dos y un pollo asado con poco talento, pero mucho cariño, sentí muchísima lástima de mí mismo. Además, nunca llegué a ganar seis mil euros al mes.